# ARLIACH

Gabriel Sapinya

# ARLIACH

Gabriel Sapinya

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2023
© Gabriel Sapinya, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-88-4
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-27312-2023

*A los días de colores...*

*Arliach puede ser un lugar o puede ser el poder manipulado por las tinieblas. Lo cierto es que ha sido el monstruo al cual hemos estado alimentando durante mucho tiempo mientras devoraba de manera cruenta y vil vidas que amanecían.*

*El mal existe. Es un parásito que habita en cada uno de nosotros, en todos. El mal mata, solo es necesario poseerlo en cantidad suficiente.*

*Arliach es ese mal.*

ANDREU M.

# 1

Uno de los deseos más anhelados por parte de cualquier ser vivo es el de la felicidad. Todos queremos ser felices. Ser feliz trae consigo poder disfrutar de tranquilidad, bienestar, tener alegría, mucha alegría. Al menos eso es lo que creemos. Es por ello que gran parte de nuestros pensamientos los dedicamos a decidir cómo llegar a ese estado de dicha. Sin embargo, muchas veces no tenemos claros nuestros objetivos y nos consumimos realizando esfuerzos estériles, agotadores, que acaban frustrando nuestra ansia de fortuna. Esto suele ocurrir porque acostumbramos a dejarnos llevar por las emociones y ello provoca graves equivocaciones en nuestros actos cotidianos.

Somos humanos y, como tales, tenemos gran cantidad de pensamientos muy diversos. Este es nuestro problema. Un perro no piensa tanto, sabe perfectamente lo que quiere en cada momento y trata de conseguirlo. Un humano no puede tornarse perro. Aunque a veces pueda parecerlo, no lo es, es un ser exageradamente pensante. Nos dejamos gobernar por la filosofía de las emociones, y sobre todo por las pasiones y eso nos destroza, es un cáncer para la humanidad. Nos hace actuar de manera errática en innumerables ocasiones. No concretamos nuestras intensas alteraciones del ánimo. Y para colmo, además de ser infelices, somos incapaces de reconocerlo. Resulta humillante admitir nuestra torpeza para sentirnos en armonía con nuestro entorno.

A mí esto no me ocurre, yo sí que soy feliz. Tan solo un ligero temor al futuro más inmediato vuelve ligeramente gris mi existencia actual. A mi lado tengo a Irene. Ella me ayuda en todas mis vacilaciones. Es todo lo que quiero y eso incrementa mi dicha. Algún día

necesitaré preguntarle sobre su agitado pasado. Por ahora no quiero desestabilizar mi estado actual, estoy contento con él. A veces me pregunto qué necesito o qué deseo cambiar en mi vida. La respuesta es sencilla: creo no necesitar más de lo que poseo. No me siento solo, no tengo la sensación de estar desperdiciando mi tiempo y no planeo grandes proyectos. O sea, tengo claro que quiero ser como soy y quiero estar donde estoy. Me gusta disfrutar del imperfecto mundo, me adapto perfectamente a él. No me gusta tener ideas preconcebidas, prefiero cambiar de pensamiento todos los días, es más divertido. Aunque a veces, no puedo evitar sentir cierta inseguridad sobre mi persona, provocada por el sufrimiento de saber que inevitablemente llegará el momento en que perderé todo lo que tengo. Será un horror, no lo soportaré. Cuando yo muera ya no tendré nada. Y si por el contrario es mi perfecto entorno el que desaparece primero, también me quedaré sin nada. Tengo que disfrutar del momento presente, pero no sé hacerlo muy bien. Debe existir alguna solución definitiva para esta situación, quizás no sea tan feliz como pienso…

—¡Andreu! Vas a pasarte la entrada del hospital.

Despierto de mis elucubraciones fantásticas.

—Tranquilo Marc, no te preocupes, tengo tiempo de sobra para salir.

Enciendo el intermitente de la derecha para abandonar la carretera principal. De repente suena un enérgico pipipipipipipi por la parte posterior derecha de mi vehículo. Otro coche ya se encuentra en el carril de salida cuando yo intento entrar en él. Tiene que frenar para evitar la colisión. Marc se mantiene aparentemente sereno, no parece asustarse, pero percibo cómo su respiración se acelera.

Marc vive postrado en una silla de ruedas por mi culpa. Él me ha perdonado, pero yo no conseguiré exculparme nunca. Los desgraciados hechos del pasado que causaron su invalidez tenían una justificación. Él no ha llegado a conocer toda la historia que originó su infortunio y aun así ha conseguido pasar página y mirar hacia el futuro. A mí me cuesta más no lamentarme de lo ocurrido cada vez que lo veo. Nunca le he contado el desenlace final de la historia. Él tampoco me lo ha pedido, ha seguido a mi lado incondicionalmente, pero, aunque él no quiera, algún día le explicaré que mi comportamiento fue

justificado, destrozaron mi familia, urgía el castigo para los culpables. Se lo contaré llegado el momento apropiado.

Una vez finalizado el incidente con el otro coche, Marc comienza a hablar sosegadamente, sin mirarme.

—No quiero que te dirijas a mí con ese tono de perdonavidas, elimínalo de nuestras conversaciones. Tú no eres más listo que yo, así que nuestro trato ha de ser como mínimo de igual a igual… Cuando aparquemos, buscarás al conductor de atrás y le pedirás disculpas por tu peligrosa maniobra de inepto despistado. Se habrá asustado.

En este momento dejo de ser feliz. De repente, me entran ganas de volver a mi casa, tumbarme en mi sofá y ver mi televisión, solo. Ya no quiero estar con él. En estos momentos, no deseo enfrentarme a la incomodidad que me generará un cambio brusco en mi vida. Y ahora mismo, una discusión de tráfico seguro que me hace ver la vida de manera diferente. Suplico piedad.

—Por favor, no me pidas que haga eso. Sabes que esas situaciones me provocan mucho sufrimiento. Ya sé que soy un cobarde, pero no merezco tal tortura. Voy a tener que soportar toda una serie de berridos e insultos dirigidos a mi persona.

—Pues te aguantas y sufres. No puedes comportarte de manera tan estúpida.

Se muestra implacable.

Estacionamos los dos vehículos juntos. Ayudo a Marc a salir del nuestro y sentarse en su silla de ruedas. Nos dirigimos hacia el otro coche. Una mujer elegante de mediana edad aparece ante nosotros. Junto a ella, aparece otra señora mayor caminando con dificultad con ayuda de unas muletas. Miro a Marc por última vez en busca de clemencia antes de enfrentarme a las vejaciones de una automovilista cabreada. No soy perdonado, me siento arrojado a un circo romano donde los asistentes se deleitarán al verme despedazado en medio de la arena. La mujer se muestra algo nerviosa. Comienza a hablar con voz titubeante, pero en tono comedido.

—Lamento mucho si le he asustado con el sonido de mi claxon, es que ante cualquier mínimo imprevisto conduciendo me pongo muy nerviosa y no sé cómo reaccionar. Tenía miedo de que le ocurriese algo a mi madre. —Señala a la anciana a su lado.

Noto un tremendo alivio. La mujer se está disculpando. No parece que vaya a haber batalla.

—No se preocupe, he reaccionado a tiempo y he podido esquivarla sin problemas y no ha ocurrido nada —añado a su explicación.

—¿Esquivarla? —Marc se enfurece conmigo—. Casi provocas un accidente y te muestras tan autocomplaciente con tus pretendidas buenas maneras de conducción. ¿Tan difícil te resulta asumir tu responsabilidad en un hecho tan insignificante? ¿No puedes simplemente disculparte ante esta señora y seguir tu camino como un caballero y no parecer un patán?

Su reprimenda nos pilla a todos de sorpresa. Nadie reacciona.

—¡Patán! —Vuelve a acusarme antes de dar media vuelta para dirigirse a la puerta del centro arrastrando la silla de ruedas con sus manos.

—Estás exagerando, somos personas civilizadas y dialogamos como tales. No estamos en la Edad Media con códigos de honor de por medio. —Me defiendo mientras se aleja de nuestra posición.

Advierto cierto grado de incomodidad en las mujeres que permanecen de pie ante mí, actuando como espectadoras de nuestra infantil discusión. Intento tranquilizarlas.

—A veces tenemos discrepancias en ciertos temas, pero no es nada grave, en el fondo nos queremos mucho.

—Me sabe mal haber provocado su discusión. No era mi intención... —continúa disculpándose la mujer.

Algo dentro de mí empieza a alterarse con una viveza excesiva. Veo alejarse a Marc mientras yo permanezco anclado a una absurda controversia sobre asignación de culpas.

—Mire señora, mi amigo tiene razón. La culpa del incidente ha sido enteramente mía y lo siento —admito impaciente—. No hace falta que trate de disculparse. Usted no ha hecho nada. Lo siento... Hasta luego.

Me despido y salgo corriendo tras Marc sin esperar respuesta.

# 2

Es inevitable la evolución de nuestro entorno y los hospitales no se libran de estas transformaciones progresistas. Los centros de sanación se intentan disfrazar de acogedores parajes de sosiego, pero el omnipresente color blanco unido al inconfundible y penetrante olor aséptico desencadenan en el visitante la inquietud propia de quien se sabe en un lugar hostil, sorbedor de frágiles y deterioradas vidas.

Seguro que Marc y yo pensamos lo mismo sobre el trance de encontrarnos en este lugar, pero ninguno de los dos lo expresa. Ciertos comentarios negativos no aportan nada a la ya de por sí complicada realidad humana. La formulación de pensamientos victimistas supone una molesta costumbre, utilizada con demasiada frecuencia para descargarnos de responsabilidad en acciones desacertadas de nuestro día a día. El accidente de Marc ha supuesto un cambio importante en nuestra relación. Por suerte ha sido solo eso, un cambio y no un deterioro. El pasado ya no existe, únicamente nuestra mente guarda fragmentos subjetivos de él. Espero poder olvidar algunos episodios para no contaminar innecesariamente el futuro. Aunque a veces puede resultar positivo dialogar con calma sobre sucesos vividos poco gratos. Para mi desgracia, reconozco que suelo eludir esta forma de proceder. Me incomoda hablar del pasado. Y más cuando yo soy uno de los protagonistas de él.

En conciliador silencio, nos encaminamos a las oficinas dedicadas a trámites administrativos. Ahora soy yo quien empuja a Marc en la silla. Pasillos, ascensores y escaleras dibujan un laberíntico recorrido hasta llegar al destino deseado. Entramos en una espaciosa sala con varias mesas de trabajo y gran cantidad de gruesos libros amontonados

en el suelo, por insólitos rincones. Nos atiende una mujer en la mesa más cercana a la entrada.

—Buenos días —saluda Marc—. Vengo a recoger una documentación sobre mi minusvalía.

—Muy bien, espere un momento —nos indica amablemente la recepcionista mientras teclea algo en el ordenador de su mesa—. ¿Puede mostrarme su documento de identidad, por favor?

Marc extrae su carnet de un pequeño bolso que lleva siempre colgando del cuello. Se lo entrega a la mujer, que lo examina con detalle antes de volver a encararse al ordenador para introducir algún dato del mismo. Tras unos segundos, se dirige nuevamente a nosotros.

—Parece estar todo correcto. El informe está completo. Ahora le saco una copia —informa a Marc.

—Muy bien, gracias —agradece él.

Empiezan a salir folios de una impresora situada al lado de la mesa. Saca una carpeta de uno de los cajones de la mesa e introduce todas las hojas en ella. Se la entrega. Marc examina su contenido: informes médicos, ecografías, datos de análisis… Un sinfín de papeles para certificar que no podrá volver a caminar.

—¡Estoy harta! ¡Esto no hay quién lo entienda!

La acalorada exclamación proviene de uno de los rincones más alejados de la sala. Un elevado número de voluminosos libros se disponen apilados alrededor de una de las mesas. Su ocupante se lamenta públicamente mientras mueve la cabeza y las manos con vehemencia. Trata de mostrar a un imaginario interlocutor la ingente cantidad de tareas pendientes de ejecutar.

—¡Nunca acabaré este trabajo!

Los lamentos no cesan. Los inquilinos de los demás puestos no se inmutan lo más mínimo. Aquellas muestras de desgana deben formar parte de la cotidianidad del lugar.

—Nunca hubiese imaginado tanto ajetreo en las oficinas de un hospital. Tienen ustedes mucho trabajo. Está claro que somos una sociedad con muchas enfermedades. Los tiempos modernos no traen nada bueno —apunto sorprendido.

Nuestra interlocutora sonríe.

—El trabajo que estamos realizando ahora no son temas relacionados con los pacientes del centro. Esta frenética actividad se debe al

encargo de informatizar todos los datos de los partos registrados en los antiguos libros de nacimientos. Está todo escrito a mano. En estos momentos están ustedes ante el mayor y único archivo de nuestra zona recopilado en papel. En alguna línea de uno de esos libros constará el día y hora de su nacimiento, sus nombres, los de sus padres, el médico que los asistió y muchas cosas más.

Me siento intrigado.

—¿Podría ver mi línea? —pregunto con curiosidad.

—No es posible. Localizarle puede resultar costoso y no es nuestro cometido. Si tiene mucho interés, puede solicitar una copia en recepción rellenando el correspondiente formulario —nos informa.

Una inmediata frustración se asoma a mi rostro; desaparece enseguida, se trata de una simple curiosidad.

Salimos del lugar como entramos, en silencio, sin hacer ningún comentario. Marc con actitud serena, ensimismado en sus pensamientos. Yo, a falta de pensamientos más transcendentales, me quedo con la imagen de aquellas pilas de libros en mi cabeza. Deben contener información singular.

Al salir a la calle, el agradable viento me provoca una repentina sensación de afecto hacia Marc. Apoyo mi mano izquierda sobre su hombro, él deposita la suya sobre la mía y me la aprieta suavemente. Me estremezco.

# 3

El suave invierno empieza a resultar monótono ante la ausencia de alteraciones climáticas importantes. Desde hace tres meses trabajo como asesor independiente en una empresa de publicidad. Conseguí el puesto gracias a Clara, mi querida e inadaptada amiga psicóloga. Ella elabora periódicamente estudios orientados a dar un enfoque correcto a las campañas publicitarias diseñadas por dicha empresa para promocionar ciertos productos.

De repente, recordando este asunto, me invade una sensación de ingratitud por no haber tenido un detalle con ella por su intermediación. En su momento, unas escuetas palabras de agradecimiento fueron mi única expresión de reconocimiento de su favor. Aunque en mi interior habita el deseo de obsequiarla con las más sinceras muestras de reconocimiento, tanto materiales como afectuosas. Clara es una de las personas que más quiero. Últimamente, alegando cansancio crónico a causa de las exigencias del día a día, estoy aplazando demasiado las prácticas elementales para gozar de unas buenas relaciones sociales. Me estoy volviendo holgazán en el ámbito emocional y de cuidado de las amistades. Cuidar nuestro entorno más cercano requiere de un esfuerzo que tiendo a demorar con demasiada frecuencia. Lo colocaré entre mis prioridades.

—Este fin de semana me gustaría invitar a Clara y a alguien más a cenar en casa. Todavía no he tenido ningún detalle con ella por conseguirme el trabajo —le comento con indiferencia a Irene.

Nuestras veladas diarias en casa suelen resultar reconfortantes y estimulantes para el ánimo. Con pocas palabras, pero con la alentadora sensación de no estar solo.

—Me parece bien. De todas formas, creo que te conoce lo suficiente para no esperar mucho de ti y no tenértelo en cuenta. Se alegrará, te quiere mucho.

Así es Irene, ni siquiera levanta la mirada del periódico para aplicarme el severo correctivo. Eso me molesta.

—¿Por qué no debe esperar mucho de mí? —reprocho contrariado.

—Porque pocas veces ofreces nada explícitamente. Siempre disfrazas tus sentimientos con justificaciones innecesarias.

—Me molestan tus continuos juicios sumarísimos sobre mí.

Esta vez sí que detiene su lectura para dedicarme una tierna mirada y una inculpadora sonrisa. Sus delicadas maneras desarman habitualmente mi espíritu belicoso sin ningún esfuerzo.

—Intenta quedar para el viernes. El sábado seguramente comeremos con mis padres —me comunica.

—No me parece buena idea programar una comida familiar después de una noche de farra —expreso mi disconformidad.

—¿Farra? ¿Cómo que farra? —advierte con cara de fingida sorpresa—. ¿Qué lenguaje es ese? Estoy sorprendida con tu repentino sentimiento juvenil. Si quieres sentirte más joven, puedo marcarte una hora de ir a dormir, como a los adolescentes.

La ironía también forma parte del repertorio de recursos empleados por Irene para aleccionarme. La tertulia de la noche apunta hacia una cenagosa vereda. Prefiero retirarme a dormir antes de seguir pleiteando en un caso que seguro que perderé. Me levanto para darle un beso.

—Buenas noches —me despido.

—Hasta mañana. Yo voy a leer un rato más.

Sin duda alguna, Irene es una perversa *femme fatale*. Me despedazará cuando le venga en gana. Mientras tanto yo permaneceré a su lado, disfrutando de su magia.

Estoy en la cama, pero el sueño no quiere venir a mi encuentro. Inicio un rápido ejercicio de repaso a los que yo creo que son los errores y aciertos más importantes de mi vida. En el colegio, quizás me mostré demasiado débil y retraído, puede que este comportamiento haya condicionado mi carácter actual... En general, estoy contento con mi vida actual... Los amigos parecen distanciarse... Me entristece

más que nunca la muerte de mi madre por la codicia. La venganza no ha conseguido paliar en absoluto mi pesadumbre moral... ¿Con cuántos hombres habrá estado Irene antes que yo?... ¿Habrá querido a alguno más que a mí?... Estoy cansado, seguiré pensando mañana… O mejor aún, viviré sin pensar tanto.

# 4

Jueves al mediodía. He decidido acercarme a casa de Clara a la hora de comer, podemos tomar algo juntos y le comunicaré mi intención de celebrar una pequeña fiesta mañana viernes en su honor. Hace casi un mes que no hablo con ella. Tener una amiga psicóloga y no aprovecharte de ella en los tiempos locos actuales es de tontos. Su simple conversación reconforta y sus curiosos estudios sobre la torpe y confundida especie humana distrae en cualquier circunstancia.

Llamo varias veces al timbre de su apartamento situado en el portal del edificio, pero no me contesta. No pasa demasiado tiempo en casa, siempre ha sido una mujer de calle. Le telefoneo y tampoco obtengo respuesta alguna. No puedo hacer mucho más, intentaré ponerme en contacto con ella más tarde, la cena es mañana. De todas maneras, hoy he salido de casa con la intención de comer con alguien y seré infeliz si no alcanzo mi objetivo.

Una hora más tarde me encuentro sentado en la mesa de un restaurante japonés junto a Marc y Pau. Han aceptado de buen grado mi proposición de comer juntos. Es un placer poder disponer de tan agradable compañía. Sin ninguna duda, una de las mayores suertes de mi vida es estar rodeado de esta clase de amigos.

La relación con Pau también ha sido siempre muy afectuosa, jamás me ha abandonado. A diferencia de Marc, él siempre se ha entrometido de manera más osada en mi vida privada. Ha sido compañero protagonista en numerosos episodios acontecidos durante muchos años. Es conocedor de muchas de las circunstancias que me envuelven, pero no de todas, y tampoco se las puedo contar, nunca lo podré hacer. He de pasar página, pero los recuerdos lastran cualquier intento de normalizar mi día a día.

—¿De quién ha sido la fantástica idea de comer aquí? —pregunta Pau con cara de asco mientras remueve con un tenedor un plato de ensalada.

—Ha sido mía. Lo he hecho para fastidiarte —admito con sorna.

—Menuda mierda. Fijaos en esta porquería de mocos verdes viscosos. —Levanta el tenedor con un ramillete de algas enganchadas en él.

—Eso son algas, unos vegetales marinos exquisitos —aclara Marc—. También hemos pedido un *ika nigiri* pensando en ti. Es un *sushi* de calamar. —Señala otro plato de la mesa.

—¡Sacrilegio! Mis amigos están poseídos por el dios de la sumisión a las tendencias de los gurús de la modernidad. Ese «*nikigrini*» no sé qué coño es, pero desde luego, al exquisito calamar no lo metáis en esto o instaré al demonio para que os arroje una bendición y os mande al cielo toda la eternidad, con los asexuados angelitos.

Las risas desencadenadas convierten el acto de comer en un conjunto de grotescos intentos fallidos de engullir los alimentos. Nos chorrean líquidos por la comisura de los labios que no podemos retener. Practicamos fuertes y sonoras aspiraciones para evitar que los restos de comida que cuelgan de la boca vuelvan a caer sobre el plato... Un desastre en cuanto a las formas se refiere, pero un agradable momento para las emociones.

—¡Reíd malditos, reíd! Uno de esos mocos verdes se os va a pegar a la garganta y os provocará unos torturadores vómitos.

Los vaticinios de Pau caen sobre mi persona como el peor de los conjuros. Las risas impiden que mi sistema digestivo ejerza de manera ordenada sus funciones de masticación y posterior deglución. El caos se apodera de mi boca justo en el momento en que un pequeño manojo de las algas se encuentra alojado en ella. Me atraganto y empiezo a toser con desesperación hasta conseguir regurgitar de mi esófago la última materia sólida ingerida.

—El demonio a tu lado es un aprendiz de brujo —alcanzo a sentenciar con las últimas toses y derramando lagrimones de dolor por los ojos—. Hay momentos en los que se te debería prohibir existir.

Esta vez es Pau quien ríe con ganas mientras fustiga mi espalda con fuertes manotazos. Excusándose en mi atragantamiento, me vapulea con ganas.